cos grandes limosnas y derramando dineros a montones a quien querían, sólo a tal persona no le alcanzase una blanca, y ella estuviese inhabilitada para recibirla? En esta desdicha está quien carece de gracia, el cual, debiendo a Dios pagar *las penas de sus pecados*, ni él puede mientras está en este estado ni pueden otros ayudarle para esto; y repartiendo los siervos de Dios la satisfacción de sus obras liberalísimamente a quien quieren, a ellos no les dan, ni pueden dar, una migaja de ellas, ni aunque les dieran todas pudieran ayudarles a satisfacer por la más mínima de las penas que deben.

De suerte que aunque aplicasen los mártires todos cuanta satisfacción tenían sus tormentos, los patriarcas sus limosnas; los profetas sus ansias y deseos, los apóstoles sus trabajos, los confesores sus penitencias y santos religiosos sus obervancias, y aun si la Virgen Santísima les ofreciera los inestimables tesoros de sus merecimientos para satisfacción de *las penas que deben*, no fueran admitidos ni les aprovechara cosa alguna toda la satisfacción de los santos. Y, lo que más es, ni la infinita satisfacción de Cristo fuera admitida, ni lo pudiera ser, para que se le perdonase al que está sin gracia, la deuda de *las penas que debe*, en cuanto por estar en pecado mortal merece de suyo ser castigado.

Demás de esto, del tesoro de la Iglesia, riquísimo sobremanera, están privados para que no puedan gozar de las indulgencias ni que otros las puedan ganar por ellos, lo cual es otra gran desdicha de los que carecen de gracia. Porque del tesoro inmenso de la Iglesia no se le puede hacer merced de parte alguna para satisfacer por sus deudas, repartiéndose tan liberalmente a otros y quedando infinito sobrado.

Lo mismo es del sacrificio santo de la Misa cuanto a la satisfacción de las penas de sus pecados, y también del Santísimo Sacramento y los

demas sacramentos de los vivos, que no les valdrán para que por ellos se les perdone alguna deuda, antes si llegan a ellos, estando privados de gracia, contraen nuevas deudas de culpas y penas. Sólo les queda libre a los cristianos que están sin gracia el Sacramento de la Penitencia para que por él se reconcilien con Dios; y mientras no lo hicieren, están privados de los demás. En todas estas cosas está el que carece de gracia descomulgado y maldito de Dios y fuera de la comunión estrecha y total de los santos. «Y no es necesario—dice un doctor (1)—para contraer delante de Dios esta censura, que fulmine y tire este rayo algún Pontífice sobre la cabeza del que peca; tu misma conciencia, ¡oh desdichado pecador!, te hace delante de Dios y de todos los espíritus celestiales que no tengas parte en esta comunión. Si una ardiente calentura abrasa tus entrañas, ¿por ventura no estarás enfermo, aunque el médico no lo diga?

»Al contrario, si a un justo inocente, convencido con testigos falsos, castigare su superior con censura como a delincuente, si muriere no hallará el cielo cerrado, y mientras viviere será participante de la gracia con que todos los santos viven, como miembro que tiene vida y que está unido con los demás, aunque para lo exterior esté como muerto y apartado. Porque el ramo del árbol que en el rigor del invierno parece seco, con todo eso en lo interior vive y trae vida y jugo vital de su raíz.

»Pues si una censura de la Iglesia es tan formidable, que algunas veces aun los hombres más perdidos la tienen por sumo mal y deshonra; si les parece cosa horrible ser privados del sacrificio de la Misa, de la entrada de los templos, de la sepultura sagrada, de llegar a los tribunales, de testificar, de estar presentes a las oraciones comunes, de ofrecer con los demás en el altar y

(1) Salian., *De timore Dei,* lib. 6, cap. 27.

otras cosas a este modo, ¿cuánto más formidable cosa es un pecado que propiamente priva al hombre de la comunión antes que sea denunciado? Y si el temor de la excomunión compele a los hombres a hacer y decir lo que de otra manera no quisieran, aunque les mataran, ¿cómo no tiembla el pecador de esta oculta excomunión? ¿Por qué no pelea hasta morir por no venir a tan gran desdicha? ¿Cómo por cosas que no tienen ser ni substancia, como el deleite, la honra, el interés que se encuentra con la Ley de Dios, permite ser proscrito, entregado a Satanás y ser borrado de la lista de los hijos de Dios?»

§ 2

En todos estos bienes está el pecador fuera de la comunión entera de los santos, pero goza de ellos el que tiene gracia; porque el mismo Espíritu que vivifica a los serafines y endiosa a los bienaventurados, participa él y tiene dentro de sí; satisface con todas sus obras buenas por las penas que debe, y puede satisfacer por quien quisiere, y otros justos por él; goza francamente del tesoro de la Iglesia, del sacrificio de la Misa, de los Sacramentos y de otros muchos bienes espirituales; de modo que por sólo esto, aunque no tuviera otra grandeza, sería incomparable bien la gracia; pero siendo tal bien, que está lleno de tantos bienes, ¿cómo se debe estimar?

Y es bien que está lleno de bendiciones de Dios y de sus santos, de cuyos bienes comunica. Dios echa por bendición al que está en gracia que todos le bendigan, no como al pecador, que, como descomulgado, está maldito. A quien está en gracia conviene aquella bendición de Dios (*Ex.*, 25): *Echaré mi bendición a quien te echare bendiciones, y echaré mi maldición a quien te maldijere.* Pero los que carecen de gracia son tan execra-

bles a Dios, que aun lo bueno que parece que tienen le es abominable, y como con descomulgados no quiere hablarles, ni quiere que le hablen. Por ventura ¿pudiérase hacer más con un descomulgado que lo que amenaza Dios a unos pecadores por el profeta Isaías? (1, 11-12): *Cuando extendiereis vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicareis la oración no os oiré.* Por el mismo profeta, y por Amós (5, 21) y Malaquías (1, 12) abomina de los sacrificios que le hacían los malos, del incienso que le ofrecían, de las fiestas que le hacían. El Sabio dice (*Prov.*, 28): *El que aparta sus orejas para no oír la Ley, su oración será execrable.* Y en un salmo (49, 16) prohibe el Señor al pecador *contar su justicia y tomar su testamento en la boca.* David, que era según el corazón de Dios y conocía que quien está sin gracia es maldito y execrable al Señor, le echa en varias partes grandes maldiciones, y una vez ésta tan terrible, que dice (*Ps.* 108): *Su oración se le vuelva en pecado.*

Los ángeles también, como se cuenta en las *Vidas* de los Padres, huyen de los pecadores, tratándolos como descomulgados. Al profeta Jeremías le mandó el Señor no orase por los malos de su pueblo, diciendo (*Jerem.*, 6): *No quieras orar por este pueblo, ni hagas por él oración ni alabanza; y no me resistas, porque no te oiré.* A este extremo y aborrecimiento pueden llegar algunos pecadores, que ni Dios se agrade en sus oraciones, porque no son para querer salir de pecado, ni quiere que sus siervos rueguen por ellos. El pecador, como pecador, siempre es detestable y maldito de Dios, y ninguna cosa que como tal hiciere le puede agradar; si bien es la misericordia divina tan grande, que cuando le piden los pecadores su gracia y perdón de los pecados los oye y favorece y quiere que se la pidan, y es tan grande la excelencia y dignidad de la gracia, que gusta que los que la tienen oren por los que

carecen de ella, mandando a sus siervos intercedan por ellos para que salgan de su desdicha y maldición eterna; porque los justos que están en gracia son los benditos, los agradables, los favorecidos, los amigos del Señor, los que conversan con los ángeles, que con particular providencia los guardan, los que comunican en todos los bienes de los santos.

CAPITULO 12

LA GRACIA QUE SE DA A LOS HOMBRES TIENE MAYOR TÍTULO PARA SER ESTIMADA QUE LA GRACIA QUE SE DIÓ A LOS ÁNGELES

§ 1

Después de tantas excelencias de la gracia, se debe advertir que la gracia que gozamos los hombres tiene por qué se haya de hacer de ella mayor estimación, que de la gracia que se dió a los ángeles, por algunas circunstancias más excelentes que la suben de punto.

Demás de esto, la gracia que se dió a los hombres antes de nacer Jesucristo nuestro Señor y bien del linaje humano, no tuvo las calidades que tiene la que se da en nuestros tiempos, después que el Hijo de Dios nació, padeció y murió por nuestra redención, como luego declararé, para que veamos cuán agradecidos debemos estar a Dios por este tan singular don, pues por él le debemos más que los mismos ángeles. Que si bien la esencia y naturaleza de la gracia es la misma en los ángeles y en todos los hombres, con todo eso tiene algunos privilegios y prerrogativas la gracia que se da a los hombres, por las cuales la debemos estimar más, y Dios la estima más, mirándola con particulares ojos.

De manera que siendo la gracia en sí tan preciosa por su misma naturaleza, y tan admirable como hasta aquí hemos dicho, y causar tan milagrosos efectos, enriqueciendo al alma con tantas joyas y riquezas de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo; con todo eso, tiene nuestra gracia mucho por qué ser estimada más que la que se dió a los serafines. Compróse nuestra gracia con la sangre del Hijo de Dios y costó a Dios infinito. La gracia de los ángeles no costó a Jesús ni a otra criatura una gota de sudor ni de sangre; no costó un paso a Dios; mas la gracia que se nos da a nosotros costó padecer al Hijo de Dios en esta vida mortal treinta y tres años, porque desde el punto que tuvo ser en el vientre de su Madre comenzó a padecer y pagar el precio de ella, ganándonosla con trabajos, con oraciones, con lágrimas, con actos de excelentes virtudes, con largas peregrinaciones que hizo, con hambre que padeció, con sufrimiento de grandes afrentas y persecuciones; finalmente, con su muerte. Todo esto tuvo infinito valor, de modo que costó nuestra gracia, no sólo precio infinito, sino innumerables veces infinito. Y más agradecidos hemos de ser a Cristo por el más pequeño grado de gracia que da a un hombre, que los ángeles por cuanta gracia y gloria se ha dado a todos ellos juntos, pues su gracia no costó a Dios nada en dársela, y la nuestra le costó la vida, que era de valor infinito.

Demás de esto, Dios mira con particulares ojos a la gracia que se dió por la sangre y trabajos de su Unigénito y amado Hijo, en quien se complace, y así es más privilegiada en su divino acatamiento. Una madre suele amar más al hijo que la costó mayores dolores. Benjamín, que costó la vida a su madre Raquel, fué más amado de Jacob. También David estimó más a Sión que a su misma patria, porque la ganó a punta de lanza. Así Dios estima más la gracia que le costó

más y ganó con su sudor y sangre, y mira con benignísimos ojos a los predestinados por la sangre de su Hijo.

Pues si cuando perdieron los ángeles su gracia, que no tenía esta circunstancia, se alborotó el cielo, y fué cosa tan horrible que los transformó en demonios, ¿qué llanto debe hacer el hombre que pierde la gracia de Cristo, y es traidor, no sólo a su Criador, de quien recibió la vida, sino también a su Redentor, que perdió la suya por amor de nosotros? Los ángeles sólo debían llorar su pecado con que perdieron la gracia desnuda, sin más estimación que la que por su naturaleza tiene; pero el hombre pecador tiene que llorar, demás de esto, los méritos infinitos y sangre y vida de Cristo con que se cobró su gracia, sólo por esta causa infinitamente estimable. Llore el pecador y hártese de llorar; y gócese el justo y no se harte de gozarse, porque tiene tanto bien, y sea agradecido a su Dios más que los mismos serafines, pues tiene tanto por qué.

§ 2

Allégase a esto otra causa por que debe ser más estimada la gracia de los hombres, y es por haber sido perdida y de nuevo cobrada. Esto nos significó Cristo Señor nuestro (*Lc.*, 15) con las mayores demostraciones de alegría que hizo aquel místico Pastor con una sola oveja perdida que con las noventa y nueve que siempre poseyó; y la mujer que se regocijó más con la dracma hallada, después de buscada, que con nueve que tenía guardadas y no la dieron cuidado; y el padre que hizo mayor fiesta al hijo pródigo después de reducido, que al hijo que siempre estuvo a su lado. En todas estas parábolas se comparan la naturaleza angélica y la humana, juntamente con las condiciones de gracias de entrambas a dos;

y la fiesta y regocijo fué mayor por lo hallado que por lo guardado.

Pues si en el cielo se hace mayor fiesta por nuestra gracia, por ser hallada, más que por la de los ángeles, tenga en la tierra mayor llanto quien la ha perdido segunda vez. Porque así como lo que se cobra después de haber sido perdido es causa de mayor gozo, así también tornar la segunda vez a perder lo que una vez se recobró, causa mayor sentimiento. Y como se guarda más lo que fué perdido, guardemos más la gracia que los ángeles que la perdieron; estimemos más la que nos halló Jesucristo y nos restituyó sin merecerlo.

§ 3

Pero por donde tiene más justamente mayor estimación nuestra gracia es por estribar en los méritos de Cristo, por los cuales se nos da, y así participa particular dignidad y estimación, como prueba el doctísimo Padre Francisco Suárez (1). Por razón de la cual tiene algunos efectos morales muy admirables. ¿Qué mayor cosa que lo que el Concilio Tridentino dice (2) de injerirnos por la gracia en Cristo y hacernos sus miembros? Lo cual no tiene la gracia por sólo su naturaleza, sino por influir en nosotros Cristo con sus infinitos merecimientos, para comunicarnos este don soberano, como la vid comunica su virtud a los sarmientos. Y así, el mismo Cristo se comparó a la cepa, y los justos a los sarmientos, que no pueden vivir si no están en la vid; porque cortados, no sirven sino para el fuego.

Pues este estar injertos en Cristo es particular dignidad y estimación de los hombres justos. Por lo cual dijo San León, hablando del nacimiento

(1) *De Grat.*, lib. 7, cap. 5, a. n. 5.
(2) Sess. 6, cap. 7.

del Señor (3): «Conoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, y ya que eres partícipe de la naturaleza divina, no quieras volver a tu antigua vileza con degenerar en el modo de tu vida y conversación; acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro.»

Esto se declara con el ejemplo del mismo Cristo, porque aunque la gracia habitual que estuvo en Él sea de la misma naturaleza que la de los ángeles y hombres, con todo eso dicen los teólogos que por estar junta con la santidad infinita que tiene Cristo por razón de la unión hipostática, es gracia de cabeza, lo cual es particular dignidad que la viene por la unión con el Verbo. Así también en los hombres justos, por particular conjunción que tienen con Cristo, se añade a su gracia particular dignidad y estimación, haciendo al hombre miembro vivo de Cristo, y un cuerpo con Aquel que es persona infinita.

Allégase a esto otra notable circunstancia de nuestra gracia, que, aunque sea beneficio respecto de nosotros, pero respecto de Cristo es justicia y cosa debida, porque es premio de sus merecimientos; y esto es gran honra y dignidad nuestra, de ser santificados por virtud e influjo de nuestra cabeza y de otro hombre. Porque así como es especial honra poseer la bienaventuranza alcanzada por premio y corona debida a las buenas obras y heroicos hechos, así es especial dignidad ser la gracia premio de uno de nuestro linaje, y merecida con rigor de justicia del que es cabeza de nuestra naturaleza, lo cual no tuvo la gracia de Adán en el estado de la inocencia, ni la gracia de los ángeles.

Fuera de esto, tiene esto más nuestra gracia, como dicen gravísimos doctores, que en cuanto se funda en los merecimientos de Cristo, es principio de merecer delante de Dios con modo más perfecto o con justicia más propia, y se puede

(3) Serm. 1, *De Nativ.*

decir que *justamente* nos perdona los pecados; lo cual todo aumenta la dignidad moral de la gracia que se da a los hombres. Y no es poca honra nuestra que se pueda decir que satisfacemos por nuestros pecados con modo más perfecto, en cuanto está fundada nuestra satisfacción en la infinita de Cristo nuestro Bien; y parece conforme a razón lo que nota el Padre Francisco Suárez (4), que una misma obra del hombre justo, siendo en lo demás igual, es ahora más satisfactoria delante de Dios, que si no fuéramos miembros vivos de Cristo por gracia.

Lo mismo afirma el mismo doctor de la eficacia de nuestras oraciones, que es ahora mayor por Cristo, no sólo cuando pedimos expresamente por Él, lo cual es cosa más cierta, pero también cuando pedimos sin esta circunstancia. Generalmente dice este sapientísimo Padre que es muy verosímil que Dios socorre ahora con mayores auxilios, y favorece con más benignidad a los justos que tienen gracia por Cristo, esto es, más abundantemente que lo que es debido a la gracia, según su naturaleza, si no se mirara a Cristo; porque por respeto de ser gracia dada por Jesucristo, aun en igual grado, es privilegiada con mayores favores y para más heroicas obras. De donde viene que ahora en muy pocos años haya habido mayores santos que en el estado de la inocencia serían por millares de años.

Conozca, pues, el hombre su dignidad; conozca la dignidad de su gracia, y conozca lo que debe a su Redentor. Estime más su gracia merecida por Cristo, pues Dios la estima en más. No se aparte de esta raíz de donde le viene tal virtud. No se arranque de esta vid, donde está injerto y lleva tan preciosos frutos. Ame mucho a su Redentor, por quien somos tan amados de Dios. Honre mucho a Jesucristo, que nos honró tanto. Dese

(4) 3 p., d. 4, sect. 12; *De Grat.*, lib. 7, cap. 5, n. 7.

prisa a merecer; logre la justicia con que el Hijo de Dios nos mereció tantos bienes; no la desperdicie ni malbarate.

§ 4

Ventajas del hombre sobre el ángel.

Admiró estas excelencias y privilegios de nuestra gracia sobre la de los ángeles Jovio, monje doctísimo, de manera que *tiene por más dicha haber sido criado hombre que ángel.* Pondré aquí algunos notables efectos que nota de la gracia que mereció el Hijo de Dios a los hombres y no se ve en la de los ángeles. Sus palabras son éstas (5): «¿Cómo nos pudiera ser más conveniente haber sido criados ángeles que hombres, pues el pecado de los ángeles no fué admitido a penitencia, y así carece de todo perdón; pero nuestro linaje de hombres mortales, aunque peque, se levanta otra vez por la penitencia?

»Verdaderamente, después de la venida de Cristo nuestro Señor, se ven mayores obras en los hombres, que cualesquiera otras que los ángeles hacen. Por lo cual dice San Pablo (*Efes.*, 2): *Mirad lo que os digo: aunque un ángel del cielo os evangelice otra cosa fuera de lo que os he predicado, sea anatema.*

»Y en otra parte dice San Judas Tadeo: *El arcángel Miguel no se atrevió a juzgar blasfemando al diablo; pero nosotros hemos recibido potestad para hollar y pisar sobre las serpientes y escorpiones y toda la virtud del enemigo.*

»Ni ha habido ángel que se haya osado llamar a sí o a otro Dios o Hijo de Dios; pero los hombres se llaman dioses e hijos de Dios. Y como dijese Lucifer que había de ser semejante al Altísimo, y que había de poner su solio en el cielo,

(5) Lib. 3, *De Verb. Incarnat.*, cap. 15; Vide Photium.

perdiendo todos los bienes que tenía, fué infamado, escarnecido y condenado para siempre; pero a nosotros la misma verdad de Dios nos ha dado tan grande potestad, que nos hagamos semejantes al Padre, y que con el Hijo nos sentemos en tronos. Y así, dice el Apóstol (*Efes.*, 2): *Resucitónos juntamente e hizonos asentar en los reinos celestiales con Cristo.* Otra vez dice (*Tim.*, 2, 1): *Si sufriéremos, reinaremos con él.* Y San Juan Evangelista testifica diciendo (1 *Jn.*, 3): *Sabemos que cuando apareciere, seremos semejantes a él.*

»Pero dirá alguno que pecamos los hombres con facilidad. Verdad es; pero cuanto más fácilmente faltamos, tanto más fácil nos reparamos si queremos, porque nuestro sapientísimo Protector y Patrón Jesucristo nos abrió mil caminos para salvarnos y hacer penitencia.

»Advierte también que tienes un bien mayor que los ángeles, porque somos ya hechos parientes de Cristo, aun según la carne.

»Y el pecado que los ángeles hicieron, aunque fuese acaso menor que el nuestro, es castigado con mayor pena; porque *los poderosos*, como dice el Sabio (*Sap.*, 6), *padecerán tormentos poderosamente.*

»A nosotros también se nos perdona presto el pecado; porque el que ellos hicieron no se borrará eternamente; porque esta nuestra junta y prisión con el cuerpo es causa para que se nos perdone; pero a ellos, cuanto son más excelentes que todo cuerpo, tanto más sin indulgencia se les asienta el castigo. Por lo cual dijo el vaso de elección San Pablo (1 *Cor.*, 6): *Juzgaremos a los ángeles, cuanto más a las cosas del siglo.* Y *los santos juzgarán al mundo*; esto es, que los que estamos atados en esta carne pesada y tosca, pero con todo esto hacemos cosas mejores, juzgaremos a los espíritus, que estando libres de cuerpo, con todo eso, o no hicieron lo bueno que

nosotros. o cometieron cosas peores; porque nosotros cumplimos con menos poder lo que es mejor, y ellos no, aunque tuvieron mayor facultad.

»También cuando pecamos nosotros nos queda el resto de la vida para hacer penitencia y enmendarnos; pero en cayendo los ángeles, luego tuvieron sobre sí su pena, porque sumergidos en las tinieblas del infierno, fueron entregados y reservados en juicio y condenación eterna.

»Con otros mil argumentos se puede echar de ver la providencia de Dios sapientísima para con nosotros, y se manifiesta claramente qué grande locura y desatino es la de aquellos que quisieran ser antes criados ángeles que hombres.»

Todo esto es de Jovio, Padre antiguo.

§ 5

Ventajas de la gracia en el Nuevo Testamento.

Aun en la gracia que se ha dado a los hombres conocen los Padres y escolásticos mayores circunstancias y excelencias en la gracia de que gozamos ahora, después de haber nacido Cristo y muerto por nosotros, las cuales no tuvo la gracia que se dió a los que vivieron en el Testamento Viejo antes que nuestro Redentor se hiciese hombre.

Porque fuera de que toda la santidad que hubo antes, y gracia que se dió a los Padres del Viejo Testamento, fué por virtud del Nuevo, estaba impedida aquella gracia para que no obrase todos sus efectos; porque como dicen algunos doctores (6), no sacaba a los hombres de la condición de siervos en cuanto al estado en que estaban, guiándose por temor, y no eran admitidos a aquella familiaridad con Dios, que quiso significar

(6) Curiel., 1, 2, q. 110, art. 3, dub. 1, § 23.

Cristo cuando dijo: *Os he dado noticia de todo lo que recibí de mi Padre.*

Y tampoco sublimaba a los hombres a la perfección y consumación que tienen los justos en la bienaventuranza, en cuanto a todas las excelencias de la gracia, en la cual tienen el fruto de ser hijos de Dios cumplidamente con la posesión actual de todos los bienes de Dios, a que tenían antes derecho de heredar solamente. Para esto estaba impedida la gracia de los santos del Viejo Testamento; y así, aunque muriesen en gracia, y hubiesen satisfecho cumplidamente por sus pecados, quedaban detenidos en el limbo hasta que Cristo murió. Mas la gracia que se da ahora no tiene impedimento alguno, y en estando purificada el alma que está en gracia, luego le dan la posesión de su herencia, y entra en la bienaventuranza eterna sin esperar más.

Fuera de esto, en el Nuevo Testamento hay más eficaces medios y más en número para conseguir y conservar la gracia, como son los Sacramentos.

Dase ahora también la gracia en mayor cantidad y con auxilios más eficaces para vencer las tentaciones y obrar virtuosamente, lo cual significaron los Profetas con la paz interna y suavidad en la guarda de la Ley que prometieron a los santos del Nuevo Testamento. Y la verdad es que ha habido después acá muchos más santos en número y mayores que hubo antes que Cristo nuestro Bien naciese.

También es piadosa consideración la de algunos doctores escolásticos, que Cristo nuestro Redentor tuvo gracia habitual infinita. Declaran algunos que toda la posible. Y verdaderamente, por la grandeza de su persona y merecimientos infinitos, no excedería a su dignidad si toda la gracia habitual posible se le diese.

Finalmente, los justos antiguos no tuvieron esta honra que el Hijo de Dios se hubiese hecho hombre y rogado por ellos y aplicádoles su gra-

cia; mas nosotros la tenemos y gozamos. Y tienen los ángeles tanto respeto a esto, que dejándose reverenciar un ángel de Moisés con tal imperio, que le ordenó no llegase adonde estaba sino descalzo, después acá han mudado de estilo y no se dejaron adorar de San Juan Evangelista. La causa da San Gregorio Magno con estas palabras (7): «Los ángeles, que antes hacían poco caso de nuestra naturaleza, después que ven está sublimada sobre sus cabezas, temen de verla postrada delante de sí.» ¡Oh si esto bastase para que los cristianos se venerasen a sí mismos!

¡Oh Jesús dulcísimo, todo bien nuestro, Redentor de los hombres y honrador de nuestra naturaleza! A ti debemos el respeto que tienen los ángeles a tus santos y a la gracia que nos das. Danos también estima de ella y agradecimiento a tus finezas y extremos de amor con que así nos quisiste honrar.

Miremos cómo nos respetan los ángeles por la gracia de Cristo Jesús, y respetémonos nosotros, no haciendo cosa indigna de la misma gracia ni que desdiga de nuestro Redentor. Consideremos cuánto le debemos por lo que nos dió, y por el modo con que nos lo dió, y por haberlo dado a nosotros. Diónos Jesús la gracia, y ésa relevada y mejor acondicionada en muchas más cosas que a los ángeles. Diónosla costándole su sangre y vida; y diónosla a los que éramos indignos de ella. Por esta causa solamente, aunque no hubiera otro título, nos habíamos de dar por más obligados a Dios que los más abrasados serafines.

Pregunta Santo Tomás: ¿Cuál debe ser más agradecido a Dios por la gracia que recibe: el inocente o el pecador penitente? Y responde que no mirándose la cantidad del beneficio, sino el ser más beneficio, esto es, dado más graciosamente, debe el penitente ser más agradecido, porque se le da más de gracia lo que se le da, pues siendo digno de pena se le hace beneficio. Y así, aunque el bien que se hiciese al ino-

(7) Homil. 8 in Evang.

cente fuese, absolutamente considerado, mayor, con todo eso el bien que se hace al pecador penitente es mayor en comparación de su persona; como también el beneficio menor que se hace al pobre es para él mayor que para el rico uno grande. ¡Cuán agradecidos debemos estar a Dios por la gracia de Jesús, pues nos la dió siendo pecadores, estando tan mendigos y necesitados y deudores de castigo eterno!

Allégase a esto que no sólo debemos a Dios más que las jerarquías del cielo por el modo de dar, sino también por lo que dió; porque nos dió gracia más privilegiada y estimable por los méritos de Jesús. Y así, por la mayor estimación y dignidad del beneficio, y mayor indignidad de aquellos a quien se hace, debemos servir, adorar y amar a Dios y a Jesucristo su Hijo más que los coros de los ángeles.

Meta uno la mano en su pecho, y mire cómo responde a esta obligación; si debiendo más que los ángeles, ofende a Dios como los demonios; si debiendo ser más agradecido que los serafines, está tan olvidado de Dios como las bestias.

LIBRO CUARTO

OTRAS PRERROGATIVAS DE LA GRACIA

CAPITULO PRIMERO

LA GRACIA QUITA LA INDIGNIDAD QUE TIENEN LOS PECADORES DE RECIBIR LOS AUXILIOS DIVINOS E INSPIRACIONES DEL ESPÍRITU SANTO

§ 1

Es una grande excelencia de la gracia con que somos agradables a Dios quitarnos la indignidad que teníamos para que nos socorriese con sus auxilios divinos y previniese con santos pensamientos para obrar virtuosa y meritoriamente; porque sin ella somos perdidos.

Para entender mejor esto se ha de suponer la necesidad que tenemos de estos auxilios de Dios. que es tanta, que sin ellos no podemos poner en ejecución ni un propósito bueno, ni se hace obra meritoria, si no es que con ellos seamos prevenidos. Porque si bien es verdad que a nuestra naturaleza, por ser libre y capaz de razón, la convenga algún conocimiento del bien y del mal, pero cumplía Dios con ella sobradamente con el más mínimo pensamiento *natural* y noticia del bien, porque con esto se salvaba la libertad humana, sin que fuese menester darla mayor luz o

conocimiento sobrenatural. Y todo lo demás que se da es de gracia, porque no es debido, y sin hacerla violencia ni injusticia se lo pueden negar.

De donde se sigue que todo auxilio y pensamiento con que en efecto obramos bien, no es debido a nuestra naturaleza, sino favor singular que se le hace; y por esto se llaman estos santos pensamientos *gracia*, porque no son debidos a nosotros. Llámanse *gracia actual* para distinguirla de la *gracia habitual*, con la cual somos gratos y amigos de Dios, de la cual hemos hablado hasta aquí. De manera que, aunque de sólo *poder* obrar bien o *poder* no obrar mal fuéramos capaces con aquel mínimo pensamiento con que se salvaría la libertad; mas nunca llagáramos a obrar bien; y para obras sobrenaturales, aun posibilidad o facultad no teníamos. Y todo lo que de ahí excede, como es el mayor conocimiento y tal luz con que en efecto obrásemos bien, o pudiésemos obrar cosas sobrenaturales, es gracia. De modo que poner la obra buena en ejecución no se hace sin auxilio particular y grande gracia de Dios; lo cual no nos es debido. Esto es, aun hablando de la naturaleza del hombre, cuando no estuviese inficionada del pecado, sino considerada en el estado puro de la naturaleza racional, sin haber ofendido a su Criador ni ser aborrecida de Él.

Mas allegóse a esto que con la culpa de Adán quedó nuestra naturaleza corrupta e inficionada por el pecado, destituída de todo favor del cielo, aborrecida de Dios, indigna de toda gracia; y así, no sólo enflaquecida, sino muerta para obrar obra alguna meritoria; y primero hablarán las piedras, y las peñas más pesadas volarán por el aire, y los muertos resucitarán de suyo, que nosotros hiciéramos alguna acción de virtud ni tuviéramos un pensamiento santo sin el auxilio de Dios. Como claramente nos lo enseñó Cristo nuestro Redentor, diciendo (*Jn.*, 12): *Sin Mí no podéis hacer cosa*; esto es, ejecutar obra buena. De la misma

manera dice San Pablo (2 *Cor.*, 3): Que *no somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros como de nosotros, sino que nuestra suficiencia es de Dios.* Y que ni aun decir JESÚS podemos si no es *en el Espíritu Santo*; esto es, si no fuere por la gracia de Dios. Y el Profeta Jeremías (10, 23) dice: *Conocí, Señor, que no está en el hombre su camino, ni es del varón que ande y enderece sus pasos.* Por lo cual define el Concilio Milevitano (c. 4, canon 9) que uno y otro es don de Dios, el saber lo que debemos hacer y el querer hacerlo. Lo mismo confirma el Concilio Arausicano (can. 22), y añade esta notable sentencia: «Nadie tiene de suyo sino mentira y pecado.» El obrar bien, o el saber para obrar bien, es de Dios: beneficio divino es, del cual éramos indignos, y ahora son indignos cuantos están en pecado. Y es un raro bien de la gracia habitual quitarnos esta indignidad y oprobio.

Para estimar esto más declaremos cuán grande caso se debe hacer de estos auxilios y santas inspiraciones, y cuán estimables son. Lo cual colegiremos de tres cabezas: la primera, de su necesidad, que da gran precio a las cosas; la segunda, de lo que costaron a Cristo; la tercera, de lo que Dios siente no respondamos a ellas, y cómo lo castiga. Lo primero importará mucho para fundarnos en grande humildad. Lo segundo y tercero, para aprovecharnos en nuestro espíritu y lograr la gracia de santos pensamientos que Dios nos comunica, estimándola como es razón.

§ 2

Necesidad de las gracias actuales y cuánto costaron a Cristo.

Viniendo, pues, a la necesidad de la gracia y ayuda de Dios, ¿quién no echará de ver, pues quedó nuestra naturaleza en lo moral tan con-

taminada del pecado, que de suyo no tiene otra cosa sino mentira y maldad? Quedó ciega con la ignorancia, y corvada con la mala inclinación, manca y sin brazo derecho para obrar bien, tullida para no dar paso en la virtud, y toda enferma, y corrompida hasta las entrañas y los huesos: ¿qué mayor necesidad que ésta? Porque un hombre ciego, sin manos y sin pies, y enfermo, ¿cómo se podrá valer por sí? ¿Y qué tiene tal hombre de suyo sino miseria y desdicha y la muerte? De la misma manera nuestra naturaleza no tiene de suyo obra alguna meritoria, sino sólo pecado, y miseria y muerte eterna; no se puede valer por sí, si no la vale Dios; pero siendo enemiga de su Criador y aborrecida del mismo que la puede valer, ¿qué tiene por qué presumir de suyo ni confiar de sí? La gracia de Dios solamente la la puede ayudar, aunque esa misma gracia la desmerece.

Por cierto que cuanto a sí toca, quedó en estado desesperado si no fuera por nuestro Redentor Jesús, cuya sangre es la que sólo puede socorrerla y vivificarla y sanarla. Sangre y gracia de Cristo es que tengas un pensamiento de salud, y un afecto piadoso y una obra virtuosa. Dime: ¿estuvo acaso en tu mano que tuvieses fe? ¿Quién habló por ti antes que nacieses, para que no te echara Dios a tierra de turcos o en medio de Berbería? ¿Qué hiciste tú antes que tuvieses ser, porque nacieras donde habías de conocer a Dios, que fué principio de tu bien? Y una vez nacido entre cristianos, ¿quién te deparó padres que te criasen en temor de Dios, y maestros que te enseñasen el camino del cielo, y compañeros que te alentasen?

Tú no pudiste prevenir todo esto, porque esta disposición con que has venido al conocimiento que tienes, depende de tantas cosas, que sólo Dios lo pudo así gobernar. Algunas veces dependió de que viviesen unos y muriesen otros, y Dios

es el autor de la vida y el que dispone la muerte. Otras veces dependió de la pobreza o enfermedad de unos, y de las riquezas y salud de otros: pero tú no eres el que gobiernas este mundo para que sucediesen de esta manera las cosas; Dios sólo es el que así lo puede ordenar. Finalmente, dependió esto de voluntad de hombres, mas tú no puedes gobernar los corazones ajenos, que aun con el tuyo sólo no te sabes entender; pero todos están en las manos de Dios, que hace de ellos lo que quiere, y los movió para tu bien.

¿Pues qué diré en otros pensamientos y afectos y obras que tienen algo sobre la naturaleza? Ni las ocasiones que a ellos dieron principio, ni las inspiraciones que interiormente te compungieron, pudieron tener otra causa que las dispusiese sino Dios, porque excede esto a todas las fuerzas naturales; que ni aun la naturaleza humana, sana y entera, pudiera por sí cosas semejantes: pues cuando está tan inficionada, enferma y flaca, ¿cómo podrá algo de esto? No puede, e imposibilitada está por sí de otra cosa, sino de obrar mentira y pecado. Lo demás es de Dios: Dios empieza nuestro bien, con Dios cooperamos a él, y sin Dios no le consumamos.

¿Qué puedes presumir de ti, pues no tienes nada bueno de ti? Tu hacienda y cosecha es mentira, engaño y pecado; la verdad, de Dios es, la virtud, de Dios es, de Dios tuvo principio, y *la perdición de ti tan solamente.* El buen pensamiento que tuviste cuando menos pensabas y fué origen de tu bien, ¿fué, por ventura, traza tuya? ¿Fuiste tú el que dispusiste tener en tal o tal ocasión un sentimiento bueno? No por cierto, que nunca pensaste tal cosa, ni la pensaras. Dios lo previno todo, y te lo trajo al pensamiento, y ordenó la ocasión que te había de ser causa de él, y quitó los impedimentos que te le habían de estorbar. Grande obra hay para que llegues a tener una santa y fuerte inspiración.

Sólo Dios lo puede disponer de suerte que la admitas; él te la ha de dar, tú no la puedes negociar; pues ¿de qué te ensoberbeces? *¿Qué tienes que no recibiste? Si recibiste todo de otro, ¿cómo te atreves a gloriarte?*

Esta *gloria* puede ser de dos maneras: una entendiendo que es tuyo lo que es de Dios, la cual gloria y soberbia ni aun Lucifer la tuvo, y es *herejía*; otra es, entendiendo que es todo lo bueno de Dios, pero queriendo tú la gloria para ti, no para Dios. Esto es *hurto* de la cosa que Dios más estima: esta es injusticia a tu Criador, y no creo que querrás hacer tal agravio a quien te ha hecho tales beneficios. Desengáñate que de ti no tienes sino maldad y engaño; ¿pues *de qué te ensoberbeces? ¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios?* Recibiste tu mismo ser de Dios, y ahora le estás recibiendo: recibiste más de lo que se debe a tu ser, muchos dones, pensamientos sobrenaturales que no te son debidos, y supuesto el pecado te son indebidos y eres indigno de ellos. Si tienes algo bueno, Dios es la causa, no tienes por qué gloriarte; y si te dejase Dios un momento, apartando su mano de ti, vieras lo que eres de tuyo. Aunque tuvieses la santidad de San Pablo, de Dios es todo; si dejara Dios de asistir y llevarte, cayeras de lo más alto del cielo al profundo del infierno.

Nadie pudo estar más alto que el primer ángel; no tienes tú tantas gracias ni tanto amor de Dios como él tuvo; no se pudo él poner en aquel estado, Dios le puso; suspendió todos sus auxilios, y resbaló al infierno. Semejantes caídas leemos en muchas historias: no fíes de ti, que Dios es el que te sustenta y da buenos deseos, y si cesase de ayudarte, te perderás. No hay de qué te ensoberbezcas: si hay bien en ti, de Dios es, y suya debe ser la gloria; si mal, tuyo es y tuya la confusión.

Porque conoció esto San Agustín, fué tan hu-

milde, y hablando con Dios dice (1): «Abriste, Señor, mis ojos y alumbrásteme, y vi que el hombre no se debe gloriar delante de Ti, porque si alguna cosa tiene buena, grande o pequeña, don es tuyo, y nuestro no es sino el pecado: ¿pues de dónde se gloría el hombre? Si de lo malo, no es gloria, sino miseria; y si de lo bueno se quiere gloriar, es ajeno; porque tuyo es el bien, Señor, y a Ti se te ha de dar la gloria.»

Conozcámonos, pues, humillémonos, y desconfiemos de nosotros, pero confiemos mucho en Dios. Rompamos estos cielos con oraciones y clamores de lo profundo del corazón, que no es para menos nuestra necesidad. Así lo hacían los mayores santos, pidiendo luz y acierto para andar el camino del cielo. David decía (*Ps.* 24): *Muéstrame, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas.* Otra vez pide (*Ps.* 142): *Haz que conozca el camino en que debo andar; enséñame a hacer tu voluntad.* Bien sabía David toda la ley de Dios, y lo que por Moisés ordenó su Divina Majestad: con todo eso, pide su gracia para saber lo que ya sabía; porque va mucho de saber a saber, va mucho de saber para obrar a saber para hablar. No aprovecha ser docto, si la gracia no nos ayuda. Después de saber, es menester gracia de Dios para saber, esto es, para saber de tal manera que se obre.

Bien sabio era Salomón, pues tenía la mayor sabiduría del mundo; con todo eso, pidió de nuevo sabiduría para obrar, orando así a Dios (*Sap.*, 9): *Dame la sabiduría que asiste a tus altos Tronos: envíala de tus cielos santos y desde el solio de tu Majestad, porque esté conmigo y trabaje conmigo, para que sepa qué es lo que te es acepto.*

Y pues en la Sagrada Escritura se implora tantas veces el favor divino, aun por personas tan sabias, para saber lo que han de hacer para

(1) Soliloq. 15.

obrar bien con efecto, claro está que no tienen esto por sus fuerzas, porque no fuera necesario pedirlo, como notan el Concilio Cartaginense (2), Inocencio I y San Agustín. De donde coligen también la necesidad que tenemos del favor divino, y la pobreza y miseria con que quedó nuestra naturaleza, pues no tenemos de nosotros sino flaquezas y engaño, y pecado y perdición y muerte. De Dios es todo lo bueno; a Él se lo pidamos siempre, como nos aconseja el Papa Celestino, que confirma todo lo que hasta aquí hemos dicho, diciendo que «de tal manera obra Dios en nuestros corazones y en nuestro libre albedrío, que todo buen pensamiento, piadoso consejo, y todo movimiento bueno de nuestra voluntad, todo es de Dios. Por Él podemos todo lo bueno que podemos, y sin Él nada podemos hacer. Y pues no hay tiempo alguno en que no tengamos necesidad de este socorro divino para bien obrar, por eso en todas nuestras obras, pensamientos y movimientos debemos hacer oración a este Señor, que en todo es nuestro ayudador; porque es gran soberbia que el hombre presuma alguna cosa de sí mismo, siendo verdad lo que dice el Apóstol (*Efes.*, 6), que *estamos en lucha y batalla, no contra carne y sangre*, que es contra otros hombres flacos como nosotros, *sino contra los príncipes y poderíos de las tinieblas*».

En guerra tan cruel y sangrienta, y contra enemigos tan fuertes, estamos sin armas, sin fuerzas, sin salud, sin ánimo, sin brazos; pues habiendo Dios que nos quiere ayudar, ¿cómo no damos voces al cielo? ¿Qué otro remedio nos queda sino el de Dios? Necesitados somos, pidamos, lloremos, gimamos.

De lo dicho hemos de sacar cómo hemos de lograr las santas inspiraciones y buenos pensa-

---

(2) Conc. Carthag., Epist. ad Innoc. I, et Innoc. in rescripto ad idem Cocilium; August., *De Peccat. merit.*, libro 2, cap. 6, Epist. ad Episc.

mientos que Dios por su misericordia nos comunicare, porque al paso de nuestra necesidad ha de ser su buen uso. No hay quien mejor logre la misericordia que el más miserable. No hay quien mejor se aproveche de la limosna que el más necesitado. Suma es nuestra necesidad, logremos la gracia, no difiramos su provecho. Un pobre hambriento, si recibe un pedazo de pan, no lo guarda para otro día, luego lo logra; no dilates tú el cumplir el buen propósito que te ha inspirado Dios; no hay para qué aguardar a mañana; hoy puedes lograrle. Guarda no se pase la ocasión, no le arrojes de ti.

Desnudo estás, necesitado estás, enfermo estás; ¿por qué no logras tu remedio, que está en lograr la gracia y poner por obra los buenos pensamientos que Dios te da de limosna? Mira, que locura es despreciar los auxilios de Dios y no cooperar a su gracia. Conoce tu necesidad, y abraza tu remedio. Tiembla de despreciar las inspiraciones y avisos que te da el Espíritu Santo. La vida te va en ello. No desprecies la mano de Dios que alarga para levantarte del abismo de miserias en que estás hundido.

Uno que se está ahogando y hundiendo sin remedio en lo profundo del mar, si le echasen una espada, se asiría de ella, aunque se cortase las manos, por no perecer. No te va menos que no hundirte en los infiernos; aunque te cueste sangre, abraza la inspiración y luz que Dios te envía.

Pero no sólo nuestra extrema necesidad hace preciosas las inspiraciones divinas y santos pensamientos con que obramos bien, sino lo mucho que costaron al Hijo de Dios. Cosa extraña es y dignísima para que reparemos en ello, que un desengaño o buen pensamiento con que obramos bien es cosa tan grande, que fué menester para que se nos diese, encarnar el Hijo de Dios; el cual padeciendo, derramando su sangre y mu-

riendo, nos le mereció, y con menos que con precio infinito no se nos diera.

No costó menos que esto un desengaño que te dan, o conocimiento de tu bien. Cualquiera inspiración, teñida va con sangre del Hijo de Dios; mira lo que desprecias. No hay santo pensamiento que desechas, en que no desperdicies las riquezas de la misericordia Divina, que compró el Hijo de Dios con su Pasión y Muerte.

§ 3

Cómo castiga Dios el desprecio de las gracias actuales.

Finalmente, se puede echar de ver la estima que debemos hacer de estos auxilios divinos, con los cuales el Espíritu Santo nos avisa de lo bueno y llama para su servicio, por lo que Dios se muestra enojado de los que los desprecian.

Por cierto que es para estremecernos lo que dice el Apóstol (*Rom.*, 1, 18), que pasó con aquellos filósofos que fueron ilustrados para conocer a Dios, y no quisieron aprovecharse de este conocimiento, porque por no lograrle, los entregó Dios a unos sentimientos errados y reprobados, a las concupiscencias de su corazón, a toda inmundicia, quedando llenos de toda maldad.

En el Evangelio, aquel que no ganó con el talento recibido, fué condenado. Este talento significa el auxilio divino y santo pensamiento; pues porque no ganó con él, poniéndole por obra, fué severamente castigado.

A las vírgenes locas dieron en los ojos con las puertas del cielo; porque a las lámparas, que son las ilustraciones divinas, no echaron aceite, que es el ejercicio de buenas obras, conforme lo explican San Hilario y San Juan Damasceno. No nos descuidemos de lograr la gracia con buenas

obras, y no las difiramos para cuando no se nos dará tanta y se nos cierre el cielo.

Terribles son los juicios de Dios: «Muchas veces acontece—dice Gerson (3)—por justo juicio de Dios, en aquel que despreció o repugnó a la gracia, usando mal de los dones de Dios y de los talentos del sumo Padre de familias, cuando estaba en su primera edad y convenía obrar, que después no haya recurso para tener aquella gracia.» Y sin la gracia de Dios, ¿qué será de uno? Todo será perdición, pecado e infierno.

Bien declaró este daño Salomón, cuando en persona de Dios, hablando con los despreciadores de estos divinos llamamientos dice (*Prov.*, 1, 24): *Porque os llamé, y no quisisteis corresponder; Yo extendí mi mano, y no hubo quien mirase; despreciasteis todo mi consejo, y menospreciasteis mis reprensiones; pues Yo también me reiré de vuestra perdición, Yo haré mofa cuando os sucediere lo que temíades.* ¿A quién no harán estremecer estas amenazas de la suma Misericordia, que siendo tan compasivo Dios de nosotros, se reirá de la condenación eterna de los que no oyen a sus santas inspiraciones, y hará burla de su eterna perdición?

Y si viene a parar en esto quien desprecia la luz que Dios le da, no es cosa de poca consideración, antes por ser de tanta importancia, y darse a quien no la merecía, y haber costado la vida y sangre de Cristo, se da Dios por tan desobligado de los despreciadores de las riquezas de su misericordia que en estas inspiraciones están.

Estimémoslas mucho, pues Dios las estima tanto; y estimemos la gracia habitual, que nos quita la indignidad que teníamos para recibirlas, y nos trae tantos hábitos sobrenaturales de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con que nos disponemos para cooperar con Dios a sus ilustraciones sobrenaturales, que ya por el

(3) *De parvulis ad Christum trahendis.*

estado de gracia y por su dignidad, se nos hacen proporcionadas.

Sepamos aprovecharnos de tanta misericordia y corresponder a tan soberanos favores, y cooperar con aquel sumo Artífice de justos, que quiere reformarnos en la imagen de su Hijo y darnos salvación eterna. Porque, como dice San Agustín, «Dios que te formó sin ti, no te salvará sin ti». Formónos Dios sin cooperación nuestra, porque no éramos, y así no podíamos cooperar con Él; pero después que somos, no nos quiere reformar sin que cooperemos nosotros y respondamos a sus llamamientos. Obra Dios el edificio espiritual de nuestra santidad y justicia en materia viva, por lo cual debe la misma materia obrar.

Fuera de esto, la gracia habitual es santidad de la naturaleza, con que la dispone para aprovecharse mejor de estos divinos auxilios. Lo cual es de tan gran importancia, que por ello dice Santo Tomás (4), que sin gracia habitual no puede uno durar sin hacer pecados mortales; porque es necesario para esto el estado de gracia, que repara la enfermedad de la naturaleza corrompida.

Allégase a todo lo dicho, que a la gracia que se da en los Sacramentos están anejos algunos auxilios proporcionados al fin de cada Sacramento; lo cual se llama gracia sacramental, y es tan gran bien, como se podrá echar de ver por el bien que son los auxilios divinos; pues es tan extrema la necesidad que de ellos tenemos, y la costa en que estuvieron al Hijo de Dios no fué menos que su sangre y vida; y el despreciarlos los hombres les saldrá tan caro, que lo pagarán con eterna condenación. Al contrario será a los que se aprovecharen de ellos, que crecerán de virtud en virtud, y se les dará gracia por gracia con la eterna posesión de la gloria. Por los

(4) 1, 2, q. 109, art. 8.

tales dijo Hildeberto (5): «La gracia de Dios es oficiosísima para con los hombres, y como juramentada en su servicio.»

CAPITULO 2

SIN LA GRACIA HABITUAL NO PUEDE DURAR UNO MUCHO TIEMPO SIN HACER PECADO MORTAL.—TRÁTASE CUÁNTO IMPORTA EVITAR UN SOLO PECADO

§ 1

En lo que acabamos de decir en el capítulo pasado, es mucho para ponderar otro insigne beneficio de la gracia, y es que nos haga capaces y disponga para durar toda la vida sin hacer pecado grave, y que sin ella no se pueda pasar sin cometer pecados mortales. Y así, dice Santo Tomás (1): «En el estado de la naturaleza corrupta, tiene el hombre necesidad de la gracia habitual, que sane a la naturaleza, para que totalmente se abstenga de pecado.» Enseña este Doctor Angélico, que el hombre en el estado de la inocencia, por estar entonces la naturaleza perfectamente sana, podía con sólo el auxilio general evitar todos y cada uno de los pecados mortales y veniales, pero en el estado de la naturaleza, como quedó después del pecado de Adán, sólo puede, si está en gracia, evitar todos los pecados mortales y cada uno de ellos, mas si carece de la gracia habitual, no puede durar sin cometer pecados graves.

La causa que da de esto el Santo, es que «así como el apetito inferior debe estar sujeto a la razón, así también la razón debe estar sujeta a Dios, y poner en Él el fin último de su volun-

(5) Hildeb., ep. 33.
(1) 1, 2, q. 109, art. 8.

tad; y conviene que todos los actos humanos se regulen por su fin, como también los movimientos del apetito se han de regular por el juicio de la razón. Pues así como no estando el apetito inferior totalmente sujeto a la razón, no puede ser si no es que sucedan en el apetito sensitivo muchos movimientos desordenados; de la misma manera, no estando la razón totalmente sujeta a Dios, se ha de seguir de ahí que haya muchos desórdenes en los actos de la razón. Porque como no tenga el hombre su corazón firme en Dios, de tal manera que ni por alcanzar bien alguno ni por evitar mal se quiera apartar de Él, ocurren muchas cosas en la vida que, o por conseguirlas o huirlas, se aparta el hombre de Dios, menospreciando sus preceptos, y así peca mortalmente. Principalmente porque de repente obra el hombre según el fin que tiene concebido y el hábito ya engendrado, como dice el filósofo (2), y aunque por la consideración anticipada de la razón podrá el hombre hacer algo contra la inclinación de su hábito y el fin que tenía concebido; pero porque el hombre no puede estar siempre con esta consideración y atención prevenida, no puede acontecer que persevere algún tiempo sin obrar conforme a su voluntad desordenada y apartada de Dios, si no es que por la gracia se repare y restituya a su orden debido». Porque como dice el mismo Santo (3), la gracia habitual sana la naturaleza corrompida, y ordénala con Dios, y sin esta santidad y ordenación, está pronta para pecar, como se ha dicho.

Lo mismo confirma San Gregorio cuando dijo (4), que «el pecado que no se borra luego por la penitencia, impele para caer en otro con su mismo peso».

---

(2) *Eth.*, lib. 3, cap. 8.
(3) Art. 9.
(4) Homil. 11 in Ezech.; *Moral.*, lib. 25, cap. 13.

Esta miserable suerte de los que carecen de gracia, lamentaba Isaías (5, 18), y suspirando, dice: *Ay de vosotros, que traéis la maldad con cordeles de vanidad y el pecado como una atadura de carro.* Porque estando uno sin gracia no hace sino labrar una soga o cadena de pecados, añadiendo uno a otro, con que le tiran los demonios al infierno. La gracia es la que corta este vínculo, y desata estas ataduras, y pone al hombre en estado de libertad de los hijos de Dios, para que nunca pueda pecar.

Cuán inexplicable bien sea éste, que entre otros innumerables nos trae este don divino, lo podrá echar de ver el que tuviere entendido cuán formidable mal sea el pecado y cuánto deba evitarse no cometer una culpa de más; porque es tan horrible cosa cualquier pecado mortal, que aunque te hubieras de condenar así como así habías de procurar evitar sólo uno; por sólo evitar una sola culpa, no sólo habías de escoger no tener otra comida sino raíces de árboles, ni tener otro vestido sino un cilicio que enconase tus carnes, ni tener otra cama sino de agudos abrojos, ni tener más libertad que estar en una sepultura cerrado, sino también los mismos tormentos del infierno habías de sufrir por toda una eternidad; porque menos mal fuera todo este mal que hacer un pecado más.

Y si te parece terrible cosa tantos tormentos, pregúntote: ¿Cuál es mayor mal, la pena o la culpa? Porque si te pareciere cosa terrible llevar tanta pena, parézcate terribilísima llevar una culpa más. Porque sábete que entre la pena y la culpa, en razón de mal, no hay comparación, y que el menor de los pecados mortales excede en malicia infinitamente a la mayor pena que fuese posible a la Omnipotencia divina. La razón es porque la pena en sí no es mala, antes es en sí buena, pues es acto de justicia; mas el pecado es esencialmente malo, y tan malo, que es contra el mismo Dios, a quien injuria y tira a destruirle cuanto es de su parte, y por eso es mal infinito. Pues dime ahora: si un solo pecado por razón de maldad excede infinitamente a todas las penas posibles, aunque fuesen infinitas, ¿cómo te parece que no hay mucho que reparar en cometer un pecado más, pues repararías en que no te diesen una pena de más?

Temes la pena; ¿por qué no temes la culpa, que es causa de la pena, y más mala y abominable infinitamente que cuantas penas hay, aunque fuesen infinitas? Locura es ésta intolerable.

Y otra locura es que ni aun temes la pena, porque cada pecado mortal trae nueva pena consigo. ¿Piensas que va poco de condenarse uno con un pecado mortal más o menos? No va sino muchísimo, no digo en un pecado mortal, pero en un venial más con que se condene. Si supiera la pena mayor que por aquella culpa, aunque pequeña, había de padecer, se estremeciera de espanto, y quisiera haber padecido cuantos tormentos han padecido los mártires, y los que pueden causar todas las enfermedades dolorosas que hay, antes que haber cometido una culpa más, por ligera que fuese: ¿qué será la pena mayor que responderá a un pecado mortal de más a más? Y así se debe temer infinitamente, aun después de haber pecado, cometer otro pecado, no sólo por la deformidad de su culpa, sino por la horribilidad de su pena.

Mire ahora el pecador, si es cosa de poca consideración un pecado de más, pues ha de pagar por él particular tormento. ¿Quién hay, por desesperado que esté, que estando condenado a ser atenaceado, pida que fuera de esto le den el tormento de rueda, en que le hayan de quebrantar todos los miembros?

Esa es la cordura del que, habiendo pecado una vez, torna a pecar otra, con que dificulta más su vida eterna, y el salir de su eterna condenación, echándose un infierno sobre otro.

Y si no se quiere mirar a sí el pecador, mire a su Criador y Redentor. Baste haberle sido traidor una vez; no lo sea dos. ¿Qué ley es con el Hijo de Dios, y qué humanidad, tornarle a crucificar? No hace otra cosa el pecador que comete nuevo pecado, sino después de haber crucificado a su Redentor, tornarle a crucificar otra vez. ¿Qué rabia y furor es éste contra nuestro Bien? ¿Qué es un pecado sino volver a crucificar al Hijo de Dios? Es acocear a Cristo, como dice el Apóstol (*Hebr.*, 10). ¿Qué odio tan entrañable fuera de uno que después de dejar muerto a su enemigo, tornara a él y le pasara a estocadas, y no se hartara de pisarle la boca? Esto sería una furia del infierno. Pues esto hace el que peca dos veces, porque después de haber crucificado al Hijo de Dios, torna a crucificarle y acocearle; después de haber desperdiciado

como cosa vil la sangre del Testamento en que fué santificado, torna otra vez a derramarla y estimarla por cosa contaminada, haciendo contumelia al Espíritu de la gracia, conforme habla el Apóstol; después de haber dado una bofetada a su Criador—que por ello le habían de hacer pedazos las criaturas y hundirle en mil infiernos—, torna a asegundar en otra. ¿Qué furor es éste de los pecadores? ¿Qué rabia es ésta con que se hacen tanto daño a sí mismos, que se encarnicen en el derramamiento y desperdicio de la sangre de su Redentor?

Quien esto leyere u oyere, mire si le toca, no pase adelante con este furor. Paren aquí los agravios a su Redentor; pare aquí el derramamiento de la sangre de Jesús; pare aquí su desprecio; no le ofenda más; basta la crueldad que ha usado hasta aquí con el inocente Jesús; bueno está, o, por mejor decir, malo está lo hecho; no pase adelante la furia y perdición del pecador; tenga la mano, no asiente más el golpe, no abofetee más a su Dios; tenga el pie, no dé más pisadas al Hijo de Dios. Vuelva en sí el hombre y mire cómo trata a su Dios, a su Juez, a cuyas manos ha de venir; puedan más en nuestro pecho los infinitos beneficios del Dios de la paz, que el veneno dorado que nos ofrece Lucifer, nuestro capital enemigo.

§ 2

Considere el pecador qué es lo que le mueve a secundar el golpe de su alevosía contra su Criador, cometiendo nuevo pecado. Muchas veces no es tanto la importunación de su apetito cuanto decir: Ya he pecado una vez; poco importa que peque otra, que todo se confesará junto. ¡Oh, qué flaca razón, para tan fuerte golpe como descargas en tu alma y contra Jesús tu Redentor! No con más fuertes cadenas, sino con estos hilos tan delgados te arrastra el demonio tras sí, y ensartas pecados y más pecados.

Propone Dios al hombre la grandeza de la bienaventuranza que le promete, la terribilidad del infierno con que le amenaza, la gravedad de la ofensa en que cae, los peligros que se seguirán de ella, la multitud y grandeza de los beneficios divinos que ha recibido, la muerte dolorosa de Jesús por su redención y bien. Con todo atropella el pecador, con todo rompe

y quebranta ataduras y prisiones de hierro, dejándose llevar del demonio al infierno de un hilo de bramante y de cordelillos, atándole el pecado con tan fuerte prisión, como si fuera una soga de carro, según dijo el Profeta (*Is.*, 5, 18). ¿Qué eternidad de tormentos no merece este desprecio de tu Redentor y desagradecimiento de los beneficios divinos?

Con razón exclama el Profeta Jeremías (2, 12): *Pasmaos, cielos, sobre esto, y sus puertas sean asoladas grandemente, dice el Señor. Porque dos males hizo mi pueblo: dejáronme a Mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí aljibes, aljibes desmantelados, que no pueden retener las aguas.* Ofrece Dios agua de vida eterna, ofrece el demonio infierno de muerte eterna, y puede más con los hombres. ¿Puede ser mayor injuria a Jesucristo, que con tan impía elección dar alas a Satanás para que baldone a nuestro Redentor, y le diga: Ves aquí los que redimiste, ves cómo te aman, ves cómo te honran aquellos por quienes derramaste la sangre y diste la vida; pues yo, con no hacer nada por ellos, antes procurando beberles la sangre y deseando verles rabiar en mil tormentos, con todo eso me siguen y a Ti te dejan; adoran cuanto les ofrezco para perdición suya, y más quieren perderse conmigo que vivir contigo. Y si a Ti te sirven algunas veces, es flojamente, y luego se vuelven a mi casa; mas a mí me sirven constantemente, añadiendo pecados a pecados. ¿Puede ser mayor maldad que ésta? ¿Qué hay que preguntar por qué un pecado mortal, que se comete en un instante, merece pena eterna? La respuesta es ésta: que es tan enorme este atrevimiento y desprecio de Dios, que mil eternidades debe ser castigado con fuego abrasador, pues con telas de araña se deja el pecador prender del demonio, y de parte de su Redentor no bastan tan fuertes prisiones de infinitos beneficios.

A este despeñadero vienen los hombres en pecando, y no se hartan de pecar, no estremeciéndose de la primera culpa mortal y no temblando de cometer la segunda, debiendo temer tanto la una como la otra, pues es igual desprecio de su Criador; y aun en cierta manera debían temer más la segunda que la primera por dificultar más su salida, trayendo un pecado a otro, engendrándose el mal hábito y confirmándose el pecador en su malicia, clavando con cada pecado, como con un clavo más, el decreto de su condenación

eterna, haciendo que lo que al principio fué hilo después su haga maroma; porque al principio peca el hombre traído de un hilo bramante que le fuera fácil romper, pero después con la costumbre se engruesa la malicia y hace soga muy recia; como lo significó Isaías (5, 18) diciendo que se trae la maldad con cordelillos; pero añade: *Y el pecado es como una soga de carro*; porque poseído el corazón algún tiempo con un pecado, se fabrica con los segundos un fuerte vínculo, que le detienen y le traen más fuertemente a su perdición eterna.

Este mal tan malo es carecer de gracia, no poder durar uno sin nuevos males, sin caer en nuevos infiernos, sin cometer nuevos pecados.

Este bien nos trae la gracia de poder perseverar sin el mayor mal de los males. Basta para estimarla sobre toda honra, hacienda, gusto y vida, no sólo el librarnos con ella de un pecado más, pero el poderlo mejor evitar.

CAPITULO 3

CUÁNTA DIFERENCIA VA DE UN HOMBRE CON GRACIA O SIN ELLA

Conoceráse mejor este bien de la gracia con darnos fuerza contra el pecado, y el mal que es carecer de ella cayendo en nuevas culpas, por lo que cada día se experimenta que un mismo hombre es tan diferente de sí mismo, como lo es un hombre de un bruto, o, por mejor decir, como es un ángel de un demonio.

Va gran diferencia de un hombre con gracia o sin ella. ¿Qué es el hombre sin gracia? Una fiera—como dice San Crisóstomo—sin razón, sin ley, precipitado a su perdición. ¿Qué es el hombre con gracía? Más que hombre: una regla de la razón, espejo de justicia y moderación.

Consideremos algunos ejemplos de esto que tenemos en la Sagrada Escritura, para que, viendo la distancia que va de uno en estado de gracia,

a sí mismo en estado de pecado, temblemos de perder la gracia, porque se han visto por esta causa transformaciones prodigiosas y, al parecer, imposibles.

¿Qué distancia hubo de Saúl a Saúl, de David a David, de Salomón a Salomón, de Pablo a Pablo, de Magdalena a Magdalena y de Judas a Judas, cuando estaban en un estado a cuando estuvieron en otro?

¿Quién fué Saúl cuando estaba en gracia, y quién fué cuando estaba en pecado? Cuando estaba en gracia fué tan modesto y humilde, que se escondió para no ser rey de Israel, ni hubo remedio de hallarle hasta que Dios le descubrió. Fué tan paciente y sufrido y menospreciador de injurias, que calló a las que le dijeron y perdonó los baldones de los que no le querían reconocer por rey (1 *Reg.*, 10). Fué de tan gran silencio, que no quiso descubrir a su tío ni a su mismo padre ni hijos, el haber sido ungido de Samuel. Fué tan obediente a su padre, que, siendo ya casado y con hijos, se andaba buscándole unas asnas por montes y riscos. Fué de tanta sinceridad e inocencia, que dice la Escritura que era como niño de un año. Fué tan religioso, que sólo al profeta del Señor quiso consultar.—Pero después que perdió la gracia, ¿quién fué sino todo lo contrario, transformándose en una furia del infierno? Fué tan soberbio, que no pudo llevar oír las alabanzas de otro, sino las suyas (1 *Reg.*, 13). Fué tan ambicioso, que se moría de rabia, porque entendió que David había de reinar. Fué tan impaciente, que no quiso perdonar a quien le perdonó a él la vida, pudiéndole matar. Fué tan desobediente a Samuel y al mismo Dios, que usurpó contra expresa obediencia el oficio sacerdotal y no cumplió el mandato manifiesto de la desolación de Amalec (1 *Reg.*, 15). Fué tan hablador, que se jactaba con mentira de haber obedecido al Señor, y excusaba vanamente su pecado, des-

mintiendo al Profeta. Fué tan doblado y mentiroso y perjuro, que no sólo quiso vengarse de David por engaños, sino que a Samuel y al mismo Dios quiso engañar; y cuando dijo que pecó, fué solamente con la boca, no estando en el corazón arrepentido. Fué tan supersticioso, que se aprovechó de hechizos y encantos para saber lo por venir. Finalmente, la rabia y odio tan infernal con que persiguió injustamente a David, las injusticias que por ello hizo, más fueron de diablo que de hombre, porque no sólo estuvo endemoniado, sino que él se hizo un demonio. Mira ahora qué va de Saúl a Saúl, de Saúl con gracia a Saúl sin ella.

¿Pues qué diré de David? ¿Qué virtudes no tuvo mientras estuvo en gracia? Diré solamente de la más señalada que le ilustró, que fué la benignidad y mansedumbre contra sus enemigos, en lo cual fué tan extremado, que en un Salmo (131) se dice: *Acordaos, Señor, de David y de toda su mansedumbre.* Por la misma virtud dijo el Señor, que halló a David que era *conforme a su corazón.* Pero después que perdió la gracia, nada menos, porque se transformó por todo aquel tiempo que estuvo en pecado en una fiera rabiosa y sangrienta. Así, fuera de haber hecho matar tan impía y alevosamente al inocente Urías, usó en aquel mismo tiempo la mayor crueldad que se oyó hasta entonces, y después acá no sé yo que se haya visto mayor ni aun en tiempo de Nerón (1); porque a todos los de la ciudad de Rabbá, chicos y grandes, hombres y mujeres inocentes, mató con tormentos inhumanos, aserrólos, hízolos pedazos con cuchillos, molió parvas de hombres, como si fuesen paja, con trillos horrendos; a otros hizo pasar por encima de ellos carros de hierro; otros hizo quemar en hornos, como si fuesen ladrillos; y esto no sólo hizo con una ciu-

(1) 2 Reg., 2, etc., Paralipom.; V. Gasparem Sanctium, et Tirinum, ibi.

dad, sino con cuantas ciudades tenían los amonitas, que era un reino entero, atormentando impiísimamente a innumerables inocentes, cometiendo tantos pecados cuantos hizo morir injustamente. ¿Quién dirá que es este David el manso? Aquel que tantas veces perdonó a su enemigo Saúl; aquel que no se quiso vengar de Semeí; aquel dechado de mansedumbre y afabilidad, ¿cómo es ahora contra los amonitas tan inhumano y fiero? ¿Qué fué la causa de esta transformación de tanta mansedumbre en tan impía crueldad? Lo uno fué estando en gracia; lo otro, estando sin ella.

Vengamos a su hijo Salomón, cuyas virtudes principales, estando en gracia, fueron la Sabiduría y Religión; porque la sabiduría que tuvo fué la mayor del mundo; el grado en que puso la Religión y culto divino fué nunca visto hasta entonces mayor, edificando aquel templo a Dios tan raro y magnífico y lleno de riquezas, en que le ofreció innumerables hostias y holocaustos.— Perdió la gracia; ¿qué fué ya sino dementado? Porque no hiciera el hombre más mentecato del mundo lo que él hizo, dejándose guiar de mujeres y adorando a dioses falsos, al ídolo de Moloch y Astarté (3 *Reg.*, 11); edificó un gran templo al dios de Moab, y otro al de los amonitas. ¿Qué va de Salomón a Salomón? ¿De Salomón con gracia a Salomón sin ella?

¿Qué diré de Judas, sino la mayor mudanza que puede imaginar un entendimiento? Cuando estaba en gracia dejó hacienda, dineros y todas las cosas, haciéndose pobre voluntario por Jesucristo. Mas después que perdió la gracia, al mismo Jesucristo vendió por tener treinta dineros. Prodigiosa transformación de despreciador del mundo en avariento; de apóstol, en más que demonio.

También la Magdalena, ¿a quién no pasma la mudanza que hizo? ¿Qué era sin gracia? El es-

cándalo de las gentes y lazo de Satanás; el entretenimiento de las conversaciones, inventora de galas, llena de afeites, profana en su andar, en su hablar, en su vestido; no había festín en que no fuese la primera, ni se le ofrecía gusto que no lograse.—Pero después que tuvo la gracia se transformó en un espectáculo de penitencia, vertiendo arroyos de lágrimas, desgreñando sus cabellos, vistiendo no solamente un saco, ni apartándose sólo de conversaciones profanas; pero retiróse al desierto, donde no tenía conversación con hombre nacido, ni tenía un harapo que cubriese sus carnes.

Pues San Pablo, cuando carecía de gracia, ¿qué hizo sino perseguir a la Iglesia? Pero cuando la tenía, ¿qué mayor defensor y propagador ha habido del reino de Cristo?

¿Quién no ve aquí lo que es gracia y lo que se debe estimar? ¿Cuántos pecados evita quien la tiene, y en cuántos se precipita quien no la tiene, cuando una vez ha perdido el respeto a Dios?

Un poco tiempo que San Pedro careció de ella, ¿cómo se iba despeñando? Negando una y otra vez a su Maestro, perjurándose y tornándose a perjurar, temiendo el habla sola de unas mujercillas. ¿Quién conociera ahora a Pedro, que le hubiese conocido antes? Este fué el elegido de Cristo para Cabeza de la Iglesia, el discípulo privilegiado, el que hizo la más alta confesión de la fe que ha hecho hombre, el que fué escogido para oráculo del mundo, para columna de la verdad. Pues éste mismo, una vez caído en pecado, no cesaba de negar a Cristo lo más infamemente que hombre del mundo ha negado la fe; no cesaba de mentir y perjurarse; ¿y en qué parara si los misericordiosos ojos del Salvador no le miraran con benignidad? ¿En qué abismo de males no cayera?

Porque una culpa impele en otra, *un abismo* de pecado *llama a otro*, hasta que se haga aquella inundación que dijo el profeta Oseas (4, 2): *La*

maldición, y la mentira, y el homicidio, y el hurto y el adulterio inundaron, y la sangre tocó a la sangre. Por eso dice el profeta que la sangre tocó a la sangre, porque está tan junto un pecado con otro, que no dejan vacío en medio, pues es un continuo pecar.

¿Qué cosa estorba estos males sino la gracia de Dios, que sana la naturaleza corrompida, ordena al corazón, compone al alma y quítala la indignidad de los auxilios divinos?

No pierda nadie la gracia, porque se pierde sin ella, transfórmase en demonio, vuélvese una fiera: maravilla es el mal que no hace. Pierda todo lo demás, porque él no se pierda perdiendo tan gran cosa. Atropelle con todo otro bien del mundo, por que no se pierda él perdiendo este bien del cielo.

Bien dijo Zenón a un amigo suyo, muy gastado y maltratado del trabajo que había puesto en cultivar una heredad que tenía; viéndole tan malparado, le dijo: «Si tú no perdieres tu hacienda, ella te perderá.» Perdamos todo lo temporal, por lo cual se peca tanto, por que no perdamos con la gracia lo eterno. Perdamos la honra y gusto y vida, por que no nos pierdan, si por estas cosas perdemos la gracia.

Si quiere el hombre saber lo que fuera de suyo perdida la gracia, mire lo que es Lucifer; mire la diferencia que hubo del ángel en estado de gracia al mismo en estado de pecador; la diferencia que hay del lucero de la mañana a un tizón denegrido, de la luz a las tinieblas, de ángel del cielo a diablo del infierno. Mire lo que perdió Lucifer perdiendo la gracia: perdió eternamente a Dios, ganó el infierno, en el cual quedará para siempre sin fin perdido (1).

---

(1) El autor añade un § II, que no es sino copia de los capítulos 54 y 55 del libro III del Kempis sobre los contrarios movimientos de la naturaleza y de la gracia.

CAPITULO 4

FUERZAS MARAVILLOSAS QUE DA LA GRACIA, FORTALECIENDO NUESTRA FLACA NATURALEZA

§ 1

Son tan maravillosas las fuerzas que pone la gracia en nuestra flaca naturaleza para obras que exceden todas las fuerzas naturales, que me ha parecido hacer capítulo aparte de este punto, por ser tan considerable, que David (*Ps.* 45, 9) convida a su consideración y advertencia, como de un prodigio raro. Por lo cual dice, según explica Casiano: *Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que puso sobre la tierra.* Prodigio es que un hombre de carne guste de afligir a la carne. Prodigio es que un hombre soberbio se ponga a los pies de todos. Prodigio es que un ambicioso huya de las honras como de la muerte. Prodigio es que un avariento lo deje todo y no desee nada. Prodigio es que un vengativo dé las entrañas y el alma por su mismo enemigo. Prodigio es que al que era una fiera rabiosa, le mude la gracia en un ángel. Prodigio es que el hombre terreno se transforme en celestial, y se mude en una nueva criatura. Esta mudanza, dice un doctor, apenas la podríamos creer si no lo experimentásemos en nosotros y viésemos en otros y la hallásemos confirmada con tantos testimonios de Santos.

Casiano (1) declara aquel verso del Salmo (138, 14): *Maravillosas son vuestras obras, Señor, y mi alma las conocerá,* de las maravillas que Dios hace en las mudanzas interiores. Porque, ¿quién no se maravillará de las obras de Dios en sí mismo cuando vea y sienta la moderación de sus pa-

(1) Coll., 12, cap. 12.

siones, la gula puesta a raya y la lujuria enfrenada, la codicia acabada, y que se sustenta con tan poco que hace admiración? ¿Quién no alaba y bendice a Dios, viendo que aquel fuego deshonesto que ardía en el pecho, y que parecía no se poder acabar, se haya resfriado hasta no sentir ya encendimiento carnal? ¿Cómo no se admirará el que ve que hombres que eran la misma cólera e ira, se hayan amansado tanto que, aun incitados y movidos, no se descompongan, antes gusten de verse despreciados y baldonados? ¿Quién no reconoce a Dios y el poder de su gracia, viendo hecho a uno de robador liberal, y de pródigo medido y templado; de soberbio, humilde; de delicado y afeminado, robusto y fuerte; y de glotón, abstinente de su propia voluntad? Estas son verdaderamente obras de Dios, en que se deleita el alma del Profeta y del que las conoce en sí; éstos son *los prodigios que puso Dios en la tierra*, que predica a todo el mundo el Profeta cuando dice (*Ps.* 45): *Venid y ved las obras de Dios, que puso prodigios en la tierra y quitó las guerras por todos los términos de la tierra, y quebrantó las armas, y quemó los escudos.* ¿Qué mayor prodigio que, en un punto, de un publicano hacer un apóstol, y de un lobo un predicador, y hacer que por aquella fe que persiguieron derramen la sangre y pierdan la vida? Estas son las obras de Dios que profesa el unigénito Hijo, que su Padre y Él hacen cada día, diciendo: *Mi Padre hasta ahora está obrando, Yo también obro con Él.*»

Todo esto es de Casiano, lo cual confirma San Bernardo con decir (2): Que es tan poderosa esta gracia, que en cierta manera hace omnipotente a uno, no por sus fuerzas, sino por las de Dios. Y a este propósito declara aquello de la Esposa, *que sube del desierto enriquecida de bienes y estribando en su Amado* (*Cant.*, 8): «Así es que se sobrepuja a sí misma el alma que rinde debajo de sí la

(2) Serm. 85 in Cant.

ira y codicia, el gozo y miedo, como el buen cochero y enfrenador de caballos que tiran del carro, rige y enfrena sus apetitos y movimientos, y sujeta todo carnal afecto al imperio de la razón; pero ¿qué mucho, pues estriba en Aquel que todo lo puede? En cuya virtud decía el Apóstol (*Filip.*, 4): *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.* No hay cosa que así descubra la omnipotencia de Dios, que hacer omnipotentes a los que en Él esperan; y así, el que no confía en sí, sino en el Verbo de Dios, en su virtud podrá, sin duda, señorearse de sí, porque no le señoree la injusticia; porque, estribando en Dios, y vestido de su soberana fortaleza, vencerá todo el poder, romperá cualquier lazo, no habrá tentación que le derribe y sujete.» Hasta aquí San Bernardo.

Y por eso llama San Crisóstomo a la gracia muro inexpugnable, y dice (3): «Si una vez alcanzáremos la gracia de Dios, nadie prevalecerá contra nosotros, antes seremos nosotros más poderosos que todas las cosas.» Y así dice el mismo Santo (4): «Cuando la gracia de Dios es nuestra ayudadora, las cosas difíciles se hacen fáciles, y las pesadas ligeras.» Esta facilidad y prontitud en cosas arduas significó el Profeta cuando dijo (*Ps.* 17) que Dios *perfeccionó sus pies como los ciervos, y le levantó sobre los montes altos; enseñó sus manos para la batalla y puso sus brazos como arco de bronce.*

Cuánta verdad sea esto lo confirma lo que el Padre Jerónimo Plati refiere del Padre Andrés de Spínola, de nuestra Compañía (5), el cual, siendo ya de mayor edad—que, como solía decir con un donaire lleno de humildad, *treinta y ocho años había pasado en su enfermedad*, significando los que había vivido en el siglo—, como tratase de dejarle, luego se le pusieron delante mil incon-

(3) Homil. 44 in 22 Genes.
(4) Homil. 54 in Gen., cap. 29.
(5) *De Bon. fin. Rel.*, lib. 3, cap. 16.

venientes y dificultades, la flaqueza de su salud, la costumbre al regalo, y sus riquezas y dignidades; y por otra parte, la aspereza de la vida religiosa y un escuadrón de dificultades: de repente la divina bondad le trajo a la memoria este mismo verso del Profeta (*Ps.* 17): *Él pondrá mis pies como si fuesen de ciervos*; con lo cual fué tan alumbrado y enseñado interiormente, que luego—decía él—se le deshicieron como nieblas todas aquellas dificultades y miedos, y quedó tan superior a todo aquel tropel de pensamientos que le fatigaban, que quedó quieto y sosegado; y así determinó entrarse religioso, con grande admiración de los que antes le habían conocido en una vida tan blanda y delicada, trocándole Dios totalmente el gusto y condición, y todo él en otro hombre.

Pues la fuerza que tuvo esta promesa divina en este varón, la misma tendrá en todos, si se disponen, lo cual bastará para rendir todos los trabajos del mundo; porque esto hace la Divina gracia, que ablanda y aligera todo lo áspero que tiene la virtud, y aun lo hace dulce y sabroso. De lo cual no hay que maravillarse mucho, porque si hay artes de hacer los manjares desabridos, sabrosos y dulces, con alguna mezcla de miel o azúcar, no es mucho que haya espiritualmente alguna cosa que haga sabrosas las dificultades de la virtud, y aún mucho mejor, pues vemos que con la gracia todo se puede. A este Padre se le hizo, después de entrado en la Compañía, tan fácil todo el ejercicio religioso, que las cosas a que antes tenía notable repugnancia, le eran deleitables.

Isaías (40, 31) dice, que *los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, y tomarán alas de águila, y volarán, correrán, y no trabajarán, ni se cansarán.* ¿Pues qué más hay que desear? ¿Que no sólo promete pies para andar, sino alas; y lo que es más, que no nos cansemos?

Abacuc (3, 19) llama a Dios *su fortaleza* en

todos los peligros; porque de la manera que el sol clarifica al aire, sin que nos importe mucho saber si tal luz es natural, o si se la presta el sol, teniéndola tan a mano como si fuera suya propia; así, por usar el cristiano de la ayuda de Dios como de propias fuerzas, le llamamos *nuestra fortaleza*; la cual hará en nosotros *aligerar nuestros pies como los de los ciervos*, para correr sin cansancio, y no sólo por lo llano, sino por lo dificultoso y arduo de la perfección; y así dice: *Y subirme ha por los altos montes, cantando himnos al vencedor amado.* Él es el vencedor, que no nosotros; y si lo somos con Él también, es por Él, que nos dió victoria por Cristo; Él peleará por nosotros, y vencerá nuestros contrarios y enemigos, y nos llevará por este camino de la perfección, no gimiendo ni reventando, sino *cantando*, y con grande alegría y contentamiento.

§ 2

La gracia da fuerzas para extirpar los vicios y practicar las virtudes.

Verdad grande es lo que dice San Agustín (6): «Más fuerzas tiene el alma para refrenar la carne porque no dé armas a la maldad, que la misma concupiscencia carnal para incitar el apetito, si es ayudada el alma con la gracia de Dios; por lo cual está escrito (*Gen.*, 4, 7): *Debajo de ti estará tu apetito, y tú le domeñarás.* Por experiencia halló ser esto verdad el mismo Santo, porque quiso escribir para bien de todos lo que él mismo experimentó en aquella lucha que tuvo, cuando quería mudar de vida, el cual dice (7): «Deteníanme unas niñerías, y unas vanidades de vanidad, como amigas mías antiguas; decíanme:

---

(6) *De Verbis Apost.*, serm. 6.
(7) *Confes.*, lib. 8, cap. 1.

¿Cómo nos dejas? ¿Y es posible que de hoy más no hemos de estar contigo para siempre? Y procuraban detenerme el paso, y poníanme delante mi costumbre envejecida, y decíanme: ¿Cómo piensas poder vivir sin estas cosas?»

Esto pasaba en aquella grande lucha de la carne y el espíritu de San Agustín; pero luego que quebró las ataduras y se determinó de una vez al servicio de Dios, y arrojó de sí el cuidado de la mujer y de las vanidades, se halló otro. Y añade luego lo que sintió en sí por estas palabras (8): «¡Cuán suave me fué carecer de estas burlerías que antes temía perder, y ya gusto de haberlas dejado! Quitábaslas de mí Tú, Señor, suavidad inmensa, y en su lugar entrabas a darme contento, no según la carne y sangre, sino según el espíritu: dábasme luz, Tú que eres más claro que toda luz, y más interior que todo lo que hay escondido y secreto, más levantado que toda cumbre y altura, aunque esto no lo descubres a los entonados, y que se pagan de sí mismos.»

Lo mismo dice San Cipriano (9): «Cuando yo vivía en las tinieblas de mi ceguera, y andaba dudoso entre mis yerros, parecíame cosa dificultosa y dura apartarme de mis costumbres, y veía que me prometía Dios salud y victoria si volvía a renacer, y que me había de mudar en otro, y parecíame imposible tan grande mudanza, y que en un punto se hubiese de deshacer todo lo que en tan largo tiempo se había engendrado, y hecho como natural con el uso y costumbre, y había echado hondas y profundas raíces. Porque ¿cómo había de deprender templanza el que estaba acostumbrado a banquetes y comidas abundantes? ¿Cómo a andar honesto, el que se vestía de púrpuras y blanduras? ¿Cómo a andar solo y sin fausto, el que andaba acompañado de criados y autorizado? ¿Cómo a padecer hambre y sed, el

---

(8) *Confes.*, lib. 9, cap. 7.
(9) Lib. 2, ep. 2.

que buscaba preciosos y adobados vinos? Esto decia yo muchas veces a mí mismo, porque me parecía que no podía vivir sin estas cosas y así obedecía a mis pasiones; y desesperado de mejorarme, ya me contentaba con no ser tan malo, y entreteníame con mis vicios como con mis caseros y continuos compañeros. Pero después que aquella divina luz se entró en mi alma, purificada y limpia con el agua del Bautismo, y penetró el pecho, y pacificó el alma de la antigua maldad; después que el segundo nacimiento reparó y reformó este hombre viejo, comenzó a fortificarse el alma, y descubrióse lo escondido, y resplandeció lo tenebroso, y engendróse una esperanza de que se podía hacer lo que me parecía difícil, y que era posible lo que se me había representado por no tal.»

Esta notable fuerza de la gracia para mudar en otros a los hombres, también se nos declara, según San Gregorio dice, en lo que pasó a Saúl, a quien dijo Samuel (1 *Reg.*, 10, 6): *Saltará en ti el espíritu del Señor, y profetarás, y te mudarás en otro varón.* Las cuales palabras considerando San Gregorio, dice (10): «Dícese que *salta el espíritu del Señor*, porque los corazones de los escogidos se llenan de repente con sus dones. Era uno tibio; pero visitado del Espíritu Santo se hace de repente fervoroso, comienza a arder en devoción y a ejercitarse con grande fortaleza en buenas obras. De manera que se muda *en otro varón*, el que comienza a ser lo que, antes que viniese a él el Espíritu, no podía en sí ser; ya comienza a hacer una vida buena, ama las cosas del cielo, desprecia las de la tierra, y prorrumpe en fuentes de lágrimas. Múdase *en otro varón* quien recibe la gracia de la compunción por haber venido a él el Espíritu, lo cual no tenía antes de su venida; pero arrebatado de repente, deja de ser carnal en virtud del Espíritu que so-

(10) Lib. 4, cap. 4.

brevino, deja con grande esfuerzo los cuidados del siglo, y se levanta a la contemplación de lo eterno con admirable pureza de corazón; maravillase que ya es lo que antes no era; y maravillase que no haya sido antes lo que ya es.

Esto es *mudarse en otro varón*. Y *es mudanza de la diestra del Altísimo* por las muchas fuerzas que comunica la gracia, por las cuales dijo Gerson (11), que era el cristiano con la gracia omnipotentísimo; y en otra parte, que la gracia era señora y reina de la naturaleza; y Ricardo Victorino, que la caridad que acompaña a la gracia, era omnipotente.

§ 3

La gracia da fuerzas para padecer y morir.

Estas fuerzas que comunica la gracia para vencer los vicios y obrar las virtudes, son para una cosa muy conforme a la naturaleza; y así no parecerá a todos tanta maravilla que ayude la gracia a la naturaleza racional en huir lo que es contrario a la razón y seguir lo que es conforme a ella.

Pero que dé fuerzas y gusto para aceptar tormentos y no huir la muerte, que es contraria a la naturaleza, ésta es cosa que no puede nadie dejar de maravillar mucho. ¿Qué obra más maravillosa, que niños y doncellas tiernas se hayan ofrecido al cuchillo, al fuego, a tormentos inhumanos, que sólo el contarlos hace temblar las carnes? Pero un niño Pelagio, un Justo y Pastor, una Inés, una Olalla (Eulalia), se han reído de todo.

¿Pues qué diré de las penitencias y trabajos incomportables de algunos confesores, a los cuales ha dado fuerza y espíritu la gracia para su-

(11) *De Dominic. Evang.*; *Serm. de Circumc.*

frir de sí más maltratamiento que los tiranos dieron a grandes mártires? Muchos no comían sino de dos a dos días, y algunos de ocho a ocho, no teniendo más cama que el suelo, y algunas veces de abrojos, ni más regalo en el vestido que un horrible cilicio, o duras cadenas y crueles mallas; despedazando sus carnes cada día con recios golpes, metiéndose en estanques helados y otras asperezas que espantan al sentido.

No tiene el cristiano que desmayar, sino diga con el Apóstol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.* Puede vencer sus apetitos, puede domar su carne, puede destruir sus malas costumbres, puede desarraigar sus vicios, puede resistir las tentaciones, puede hollar al mundo, puede despreciarse a sí y a todo lo visible, puede morir por Cristo, y esto puede ser con gusto.

¿Con qué se podrá estimar este gran poder que da la gracia de Dios? Por cierto que ni toda la potencia del mundo le podrá igualar; pero sin la gracia ¿qué somos? Poco más que nada, o por mejor decir, mucho menos; porque peor es ser pecador que el mismo no ser; y cosa más flaca e impotente es quien está en pecado, para salir de él, que lo que es nada para haber de ser.

Prodigio es la flaqueza del pecador, porque muchas veces quiere y puede no pecar—¡caso horrendo!—y con todo eso peca como si no pudiera otra cosa. Verdaderamente, aunque no tuviera otro bien la gracia, sólo por quitarnos la suma y vilísima flaqueza en que por la culpa caemos, y darnos para lo bueno una virtud como omnipotente, es digna de ser antepuesta a todos los bienes de la tierra.

CAPITULO 5

DIFERENCIA QUE HAY DE LA GRACIA DE DIOS A LA GRACIA DE LOS HOMBRES

§ 1

También es cosa digna que consideremos la diferencia que va de la gracia de Dios a la gracia de los hombres, por la cual se pierde tantas veces la divina, para que vea el mundo cuán errado anda en buscar el agrado y favor humano con pérdida del favor del cielo.

Los vientos beben, mil ojos se hacen, y se deshacen los hombres por tener gratos a otros hombres, olvidados de dar gusto a su Criador. Infinito yerran en esto; porque es muy poco lo que aprovecha la gracia de los hombres, y mucho lo que suele dañar. Al contrario, la gracia de Dios nunca daña y siempre aprovecha. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo (1): «El que tiene la gracia de Dios, aunque padezca males innumerables, no sólo a hombre alguno, pero ni al mismo demonio teme; mas el que ofende a Dios, aunque parezca que está seguro, teme a todos.»

Pero para que veamos mejor todo esto, pongamos el ejemplo en la mayor gracia del mundo y que más se desea, la que se tiene por la felicidad de la vida y blanco de la ambición humana: cuando llega uno a ser querido de un poderoso rey, cuya gracia tiene ganada. Veamos qué bien tiene este, y qué diferentes efectos hay del favor humano al divino. Porque la gracia de los hombres, si no lo evita con la suya Dios, tiene de suyo hacer soberbios, altivos, insufribles; mas la gracia de Dios hace humildes, modestos, mansos, pacientes, prudentes: finalmente, la gracia

(1) Homil. 1 in epist. 1 ad Cor.